



MUNDO ONÍRICO
I. LOS SUEÑOS VIVIENTES

Elías Chévez Ulloa

MUNDO ONÍRICO
I. LOS SUEÑOVIVIENTES



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elías Chévez Ulloa

ISBN: 978-84-18828-64-5

ISBN digital: 978-84-18828-65-2

Depósito legal: M-22331-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Agradezco en primera instancia a Dios. El único y verdadero artista que es capaz de crear algo a partir de la nada, mientras el resto de nosotros apenas y lo intentamos.

A mis padres: Elías Chévez Obando y Aura Lila Ulloa González, por el apoyo incondicional que me han brindado a lo largo de mi vida, incluso en los tiempos más difíciles.

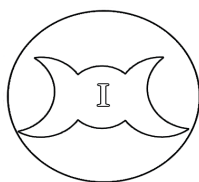
A mi esposa, Meraris Centeno Bejarano, por haber estado junto a mí en cada momento y no permitir que nunca me diera por vencido.

A mi futuro hijo, Max Elías, espero un día leas esto que tu padre escribió con tanto cariño para ti.

A todos mis amigos y familiares que fueron mis primeros lectores. Gracias por todos sus ánimos y valiosas aportaciones a la historia.

A mi editora Pilar Lozano, a Andrea Fernández, gracias por la edición, a Diego Alcalá por su preciosa portada; y en general a todo el equipo de Editorial Adarve por creer en esta historia, cuando otros la descartaron.

Finalmente, a ti, apreciado lector, sin importar dónde estés. Muchas gracias por el apoyo que haces al dedicar tu valioso tiempo a leer este libro.



La grandeza de toda civilización radica en la apertura de nuevos caminos, individuos que rechazaron los antiguos senderos, que no trataron de llenar el vacío dejado por una huella ajena sobre la tierra. Personas que al alejarse de todo cuanto conocían no volvieron sobre sus pasos, sino que siguieron adelante, encontrándose a sí mismas y haciendo su propio destino.

Separado de toda conciencia humana se encontraba aquel remoto lugar, concebido en la imaginación de algunas cuantas personas.

El árido suelo era únicamente interrumpido por las estepas que como alfombra se extendían hasta el mismo horizonte, el sol en su cenit brillaba con toda su intensidad y sus rayos de luz caían perpendicularmente sobre la tierra. El intenso calor era acentuado por el viento que tenuemente recorría aquellos páramos.

Aun así, la atmósfera de pronto se vio interrumpida por un destello de luz a baja altura y el aire fue invadido por una corriente estática, el sonido de aquellas descargas eléctricas se oía como el millar de aves. El destello inicial entonces dio pie a la apertura de un portal de luz blanca y en apenas un parpadeo, el vórtice quedó completamente abierto. Entonces de la misma puerta de luz emanaron dos personas.

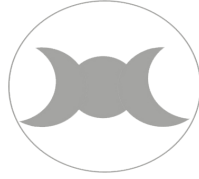
El primero, de contextura más fornida, vestía una elegante y plateada armadura articulada de caballero, estilo medieval. La misma le recubría todo su cuerpo y estaba compuesta por varias placas metálicas unidas de tal forma que se desplegaban o retraían según

el movimiento de su dueño. En sí no era él quien se ajustaba a la armadura, sino que era esta quien se amalgamaba a su señor. Además, en su espalda cargaba un mandoble o espada larga.

El segundo, aunque de estatura más baja y de cuerpo más delgado, estaba ataviado con una especie de traje compuesto por una goma protectora compuesta de látex-neopreno, completamente ajustada al talle, como si de una segunda piel se tratara. Aquella vestimenta poseía claramente dos capas que se diferenciaban por sus colores. La primera era la interna, era de color azul, comenzaba desde los pies y se extendía vertiginosamente hasta alcanzar la base del cuello. Por encima de esta, venía la segunda capa, la cual era de color rojo. Abarcaba los brazos, hasta los codos y en el tórax descendía en diagonal hasta formar un triángulo invertido, cuyo vértice justamente se encontraba a la altura del ombligo, en la parte de sus piernas la coloración carmesí recorría la parte lateral y externa de estas.

El extraño personaje que asemejaba a un superhéroe se investía además con dos grandes brazaletes metálicos que recubrían sus antebrazos, botas también metálicas que llegaban hasta las rodillas, un cinturón cuyo centro poseía una hebilla ovalada y finalmente un visor que protegía totalmente sus ojos, cuyo armazón metálico se sujetaba a sus orejas, recubriéndolas completamente y en su centro poseía una rendija oval con un lente azulado. Todos esos accesorios eran de colores plateados.

Las indumentarias daban a los dos personajes cierta distinción y aunque de vestimentas disímiles, en ambos se podía observar un signo en común, situado frente al corazón. Una marca en plata cuyos brazos de medialuna, puntiagudos y curvados hacia afuera eran unidos por un círculo ligeramente de menor tamaño en su centro, todo el logotipo se encontraba encerrado por un halo del mismo color.



Junto a ellos se encontraba sobrevolándolos de forma ingrátida un pequeño planeador *jet* plateado, el cual también había salido del portal. El extraño planeador *jet* tenía forma de saeta, con una anchura de metro y medio de diámetro en su parte posterior, que se achicaba conforme avanzaba, hasta finalmente acabar en una parte frontal puntiaguda. Tenía dos turbinas que la aceleraban y su fuselaje era completamente liso, salvo por una ligera protuberancia circular en su parte delantera, la cual era una especie de cañón proyector.

—¡Sin ofenderte, André! Pero prefiero mi medio de transporte —vociferó el caballero—. ¡Debes encontrar otro método para viajar!

De pronto, el planeador *jet* desplegó un haz de láser azul, proveniente de su proyector delantero. Entonces una imagen tridimensional se posó frente a los dos desconocidos. En esta se mostraba a un hombre de mediana estatura, que usaba unos anteojos de media luna, de una treintena de años, vestía un traje de etiqueta, tenía el cabello corto y liso, con la crencha peinada hacia la derecha.

—Aunque teóricamente la apertura de una ventana en el espacio y la estabilización de esta requiere de mucha potencia, Renoir. Mis celdas de energías están diseñadas para eso. Las cuatro baterías de hidrógeno otorgan a mis sistemas la mayor rentabilidad de los recursos.

Ciertamente la voz del holograma sonaba como la de un adulto, con la salvedad de que esta poseía un marcado acento robótico. Tanto el planeador *jet* como su inteligencia artificial, André, habían sido diseñados por Andy, al momento en que tuvo que escoger a su ser protector en la Máquina de los Sueños. Algo que consideró sería un perfecto complemento, así podía él mantener su persona-

lidad más carismática y dejar en André la personalidad más lógica y analítica.

—¡Sí, sí, sí! Los medios varían, mio Cid!; sin embargo, el trayecto siempre es el mismo —exclamó Andy—. ¡No le reclames al conductor sino al que construyó el camino!

A pesar de que Renoir prefería su método de saltar de un sector onírico a otro, comúnmente le daba crédito a su compañero. De alguna manera Andy siempre encontraba la forma de poder salir bien librado de todo cuanto pudiese serle reclamado.

Sin embargo, en esta ocasión, el caballero dudó sobre el lugar al cual habían llegado. De forma instintiva había visto a los alrededores y salvo por ellos dos, no parecía haber nadie más en el desierto.

—¿Andy? —preguntó Renoir—. Dime que hiciste los cálculos correctos, porque presiento que este no es el lugar donde teníamos que encontrarla.

—¡Veamos entonces! André, teclado virtual, por favor.

El ser holográfico se desvaneció rápidamente, en su lugar una segunda proyección de luz apareció, mostrando esta vez una pantalla plana.

—¡No, está bien, este es el sitio! Sector onírico 19-86ECU —dijo intrigado Andy—. Voy a hacer algunos ajustes...

En la imagen se veían las diferentes opciones que se le permitía hacer y el joven con el traje de superhéroe analizaba las alternativas.

Viaje interonírico. Indique el sector de destino.

Rastreador. Escriba nombre del soñante:

Mapa.

Andy todavía seguía pulsando las opciones de la imagen holográfica y a punto estuvo de activar el rastreador cuando Renoir vio una polvareda que se erguía a lo lejos.

1 Rodrigo Díaz de Vivar (1048-1099), el *Campeador* (el «Campeón»). Famoso caballero castellano que luchó en la Reconquista de la península ibérica, la cual estaba bajo dominio musulmán.

—¡Andy, parece que no tendremos necesidad de buscar más!

—¿Por qué dices eso? —preguntó, sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor y manteniendo la mirada fija en la pantalla.

El caballero dio un pequeño suspiro, para luego contestar de manera irónica.

—¡Solo es un presentimiento...!

El eco de su risa resonó dentro del yelmo de su armadura. Al escucharlas, Andy alzó su cabeza y observó detenidamente cómo una estela de polvo se acercaba cada vez más hacia ellos.

Poco tiempo hubo de pasar cuando se logró distinguir las figuras que provocaban dicha polvareda. Se trataban de cuatro forajidos muy al estilo de los vaqueros del salvaje oeste, todos llevando puesto un sombrero, camisa y pantalones negros, botas con espuelas y un pañuelo rojo que tapaba la mitad de su rostro.

Los bandidos pasaron sin detenerse por su lado, bañándolos completamente de tierra. Tras ellos cabalgaba una joven, la cual también los ignoró y los terminó de ensuciar completamente.

Andy inmediatamente se tapó la boca y la nariz con sus manos, mientras que su compañero hizo lo mismo con el barbote de su casco, para así evitar tragar el polvo vertido sobre ellos. Pero fue imposible, ambos tosieron ante la dificultad de poder respirar. Pero ahora lo tenían claro. Estaban en el lugar correcto.

—¡Yo sabía que no me había equivocado de sector! —reía Andy—. ¡Ahora solo tendremos que darles alcance!

—¡No lo tienes que decir dos veces! —dijo emocionado Renoir, que parecía lo había tomado como un reto.

El oído de Andy no alcanzó a escuchar la resonancia producida por las palabras de su compañero, pero sabía de lo que se trataba.

Él había hecho una invocación mágica. Junto al caballero una luz intensa apareció, la misma luz blanca que los había arrojado al desierto, pero esta vez no se formó a los casi dos metros de altura, sino que apareció en el mismo plano del suelo, como un portal del cual una yegua isabelina de piel color ocre, con cola y crin de color blanco, majestuosamente adornado con una armadura pla-

teada muy brillante, debajo de la cual tenía un faldón de color azul y la misma misteriosa marca que portaban ellos, dibujada como logotipo.

En el costado izquierdo de la grupera cargaba un escudo cuya parte superior era horizontalmente ancha y recta, pero que se estrechaba conforme llegaba a su parte inferior, hasta terminar en una única punta aguda. No traía emblema heráldico alguno, excepto una flor de lis. Mientras en el costado derecho sostenía una espada.

El ser protector inmediatamente identificó a su jinete y se posó junto a él. El caballero puso la mano derecha sobre la testera del animal, acariciándole levemente su sien en señal de un ligero saludo ante la emergencia presentada.

El equino entendió rápidamente la prisa de su señor y se inclinó suavemente para que él pudiese subir con su armadura sin mayores dificultades.

—¡Eres la mejor, Spica! —exclamó Renoir.

El caballero se sostuvo de la montura e inmediatamente puso su pie izquierdo sobre el estribo y con ágil movimiento levantó su cuerpo hasta que su pierna derecha sobrepasó el asiento de Spica, entonces acomodó su cuerpo finalmente.

—Ellos nos llevan un buen trecho de ventaja —dijo Andy, como si de un desafío se tratara.

—¡Y aun así no nos llevará mucho esfuerzo alcanzarlos!

Spica relinchó ante el comentario hecho por Andy, incluso esta se sentía agraviada, pero a su vez, también se sintió complacida con las palabras de Renoir. Entonces el caballero estiró su brazo izquierdo y ambos se sujetaron mutuamente, para luego Renoir jalar con todas sus fuerzas a su compañero, hasta que se logró sentar detrás de él, justo en el borrén trasero de la montura.

—Enseñémosle lo que es un verdadero galope —gritó el caballero con todas sus fuerzas—. *¡Cum honore!*

El arranque fue tan fuerte que el propio Andy tuvo que sujetarse de la cintura del jinete para no caerse.

La velocidad de Spica era impresionante, el planeador *jet* que venía tras ellos apenas podía mantenerles el paso. En verdad solo su agilidad superaba su majestuosidad. Ella parecía ser dueña de una personalidad propia, una llena de confianza y seguridad, que a veces rayaba en la vanidad. Y ese fuerte arranque lo había demostrado. Spica se había cobrado el agravio sufrido por las palabras de Andy.

Los forajidos y su perseguidora que al principio solo se podían distinguir por el enorme rastro de polvo que dejaban tras de sí, pronto lograron ser visto a la distancia, como un punto en la lejanía que poco a poco empezaba a tomar forma.

La perseguidora fue la primera en ser alcanzada. Si al principio el abrasador calor hizo sudar sus cuerpos, ahora Spica con su velocidad provocaba una corriente de viento en contra que los refrescaba y de no ser por la intensidad de este, que incluso amenazaba con despeinar el cabello negro de Andy, se podría haber dicho que era hasta refrescante.

La mirada de la joven permanecía inerte en los bandidos. En sus ojos marrones oscuros se reflejaba su determinación por atraparlos. Pero un ruido a sus espaldas la alertó, cuando giró su cabeza hacia su izquierda, Spica se encontraba ya a su lado.

A pesar de la velocidad mostrada por la yegua, la joven logró distinguir a sus jinetes. Andy bajó su cabeza y la ubicó en la espalda de Renoir. Entonces observó los rasgos asiáticos de la joven y le sonrió en el momento en que era dejada atrás.

Ahora era ella quien quedó cubierta de tierra, teniendo que aminorar la velocidad hasta guardar la distancia que le permitiera apartarse de la nube de polvo que se cernía de frente y le obstruía la respiración.

Andy solo pudo ver cómo el caballo de la joven dejaba de galopar y empezaba a trotar. Ni el sonido de las palabras que ella les gritó pudo escuchar.

—¡Esto es divertido! —exclamaba jocosamente, acompañado de una risa un tanto infantil.

Renoir lo escuchaba, aún con su casco puesto, lo acompañaba en su alegría. En verdad no podía haber obtenido a un mejor líder que Andy.

Ahora eran ellos los perseguidores.

—¡Tenemos compañía! —gritó uno de los bandidos cuando los observó a los dos.

Para cuando las palabras lograron llegar hasta los oídos de su interlocutor, Spica los había alcanzado.

El líder de los forajidos, que les llevaba un cuerpo de distancia a los tres restantes, giró su cabeza hacia su derecha, por encima de su hombro e intentó observar a los perseguidores, pero no pudo ver otra cosa más que a sus cómplices.

—¿Dónde están? —gritó molesto.

Entonces otro de ellos le señalaba hacia su lado izquierdo, al instante retornó su mirada al frente y los pudo observar en toda plenitud. Spica ya los había logrado pasar y los aventajaba a tres cuerpos de distancia.

—¡Ahora es mi turno! —exclamó a viva voz el superhéroe.

Andy llevó su mano derecha al auricular, que se encontraba en el marco de su visor y se comunicó con su planeador *jet*.

—André, calcula el perímetro de la zona de impacto.

—¡Enseguida, Andy!

La máquina rápidamente hizo los cálculos, evitando así que tanto los dos jóvenes como los mismos bandidos salieran afectados.

—Perímetro establecido —exclamó André.

—Entonces, ¡que comience la fiesta! —dijo Andy con gran sonrisa.

En ese momento él llevó su mano a su cinturón y presionó un botón de su hebilla metálica, activando así la partícula que se encontraba encerrada en su interior.

Un segundo después, un destello de luz morada emanó desde las alturas, en forma de un cilindro, que se precipitó velozmente y al momento en que este tocó suelo, su impacto fue tan colosal que pulverizó la tierra, provocando un vendaval que alzó la misma al cielo como una cortina gigantesca de polvo.

Los bandidos jalaron las riendas de sus caballos con todas sus fuerzas, los animales se habían erguido en dos patas ante el brusco movimiento de sus jinetes.

—¿Qué está pasando? —gritó enfurecido uno de ellos.

—¡Rayos! —vociferaba otro—. ¿Quiénes son estos tipos?

—¡Sueñovivientes! —exclamó nuevamente el jefe de los bandidos—. ¡Cómo los odio!

El agujero provocado por el choque no daba lugar para continuar. La extensión de este hacía poco probable su rápido rodeo y los caballos se rehusaban a atravesarlo, le temían a la profundidad de la fosa.

El poco aire que circulaba diluía con lentitud el polvo. Y antes de poder distinguir la causa que había provocado el agujero, los forajidos fueron alcanzados por la joven.

—¡Mire, jefe, aquí está ella de nuevo! —dijo el salteador que se encontraba más atrás.

—¡Ladrones! —gritó ella completamente molesta.

La joven desmontó de su caballo y dio unos cuantos pasos hacia donde estaban.

—¡Tú! —dijo el jefe de los ladrones—. ¡Encárgate de ella!

Entonces uno de los bandidos desmontó de su caballo y caminó hacia su rival, haciendo sonar sus espuelas con cada paso que daba, hasta que finalmente se detuvo frente a ella y la observó detenidamente.

La muchacha tenía facciones delicadas, incluso su vestimenta lucía fina. Llevaba puesta una camisa china de color blanco, cuyo cierre de botones hacia el lado izquierdo se veía entre los varios estampados de lirios morados, acompañado con un pantalón de seda y zapatillas de tela, todo de color negro.

Completamente confiado con su mano derecha apartó el pañuelo de su rostro y con sorna sonrisa mostró sus amarillentos dientes.

—¡Oh, preciosa! Cabalgaste tanto para solo recibir una paliza de parte nuestra. ¡Voy a lamentar pintar tu rostro del mismo color de tus lirios!

La descarada risa del bandido hizo que la tensión de los músculos de ella se incrementara.

El malhechor cerró completamente su puño derecho y arremetió contra el rostro de la joven, pero ella avistó el movimiento y lo esquivó.

Aprovechando la diferencia de altura, ella agachó su cuerpo hasta pasar por debajo del brazo del forajido, quien enfurecido al ver que ahora estaba a sus espaldas dio la vuelta y la atacó nuevamente.

La agilidad presentada por la joven los sorprendió a todos ellos, ella se movía como si danzara alrededor de él y por más que lo intentaba, el bandido no lograba tocarla y cada vez que trataba de acercársele, ella lo evadía y se aseguraba de guardar su distancia.

Los brazos cortos de la perseguidora no podían competir contra los de su enemigo, tendría que pensar en algo que eliminara esa desventaja.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —exclamó la joven, con un rostro de seriedad—. ¡No eres nada sin tu revolver!

Aquellas palabras resonaron fuerte en los oídos del forajido. Sus pobladas cejas se fruncieron y su morena piel se tornó aún más colorada por la ira, que por el mismo calor del desierto. Los puños de él ya no se encontraban quietos, su furia los hacía temblar.

—¿Acaso necesitas ayuda de alguno de tus *compinches*?

—¡Cállate!

El bandido se arrojó nuevamente contra ella y se preparó para asestarle un golpe. Sin embargo, antes de que pudiera llevar a cabo su ataque, ella replegó su cuerpo y dio un salto mortal hacia atrás, lanzando así una poderosa patada que impactó directamente contra el mentón de su rival.

La fuerza con la que fue arrojado el cuerpo del forajido hizo que rebotara contra el suelo y fuese arrastrado hasta detenerse a casi dos metros de distancia. Ahora boca arriba yacía inconsciente.

Los tres bandidos restantes asustados por la fuerza de la joven desenfundaron sus revólveres al unísono y apuntaron contra ella.

—¡No te atrevas a dar ni un maldito paso! —dijo el jefe, cuya sangre hervía e irrigaba sus ojos llenos de odio.

—¡Será mejor que bajen sus armas! —exclamó Andy—. O terminarán peor que su compañero.

Al escuchar esas palabras, los forajidos volvieron sus miradas hacia atrás. Sobre el agujero recién formado se encontraba el joven vestido de superhéroe. Estaba a un par de metros en el aire, de pie sobre la superficie del planeador *jet* con forma de punta de flecha, tenía los brazos cruzados y una sonrisa dibujada en su rostro. Mientras en tierra estaba el caballero montado sobre su corcel, en cuya mano derecha reposaba su espada larga, esperando la más mínima imprudencia por parte de los bandidos para poder usarla.

—Entiendan que no pueden ganar —exclamó Andy.

A pesar de que sus caras permanecían cubiertas por los pañuelos, parecían sudar el miedo. Ninguno de ellos se atrevía a moverse. Ahora se encontraban atrapados.

Dos de ellos aceptaron juiciosamente rendirse y arrojaron sus armas al suelo, pero el jefe de ellos aún estaba renuente a hacerlo.

—¡A mí no me atraparán! —gritó desesperadamente, al tiempo que hundía sus espuelas en el vientre de su caballo.

El pobre animal que había sufrido el pavor de su jinete salió disparado a toda velocidad y aunque parecía que lograría escaparse. Renoir cabalgó en su persecución.

—¡No tendrá la más mínima oportunidad! —dijo Andy muy confiado.

Todos los presentes solo pudieron observar la manera en cómo Renoir recortaba la distancia. El jefe de los bandidos se percató de su perseguidor y apuntó con su arma antes de que él le diera alcance y disparó.

Las balas se estrellaron contra el peto del caballero y rebotaron sin provocarle ninguna herida. Pronto Spica se ubicó contiguo a su objetivo, quien desesperadamente intentaba golpear con el mango de su pistola el yelmo de su perseguidor, mientras la cabalgata todavía se producía.

Aunque Spica todavía estaba con fuerza suficiente, el caballo del bandido se veía con su respiración entrecortada y perdía velocidad.

—¡Creo que tu caballo quiere reposar! —le gritó el joven—. ¡Vamos a darle un descanso!

Renoir con su guantelete derecho tomó por la camisa al forajido y lo lanzó por los aires, hasta que finalmente se estrelló contra el suelo, quedando de esta forma fuera de combate.

Inmediatamente el caballero jaló de las riendas a Spica para detenerla, dando media vuelta para luego montar sobre su propio caballo al forajido que se hallaba inconsciente.

Para cuando él regresó, su compañero ya tenía amarrados a los tres forajidos, irónicamente la sogla la habían proporcionado ellos mismos.

Los tres jóvenes se encontraban de pie junto a los, ahora, prisioneros. Y en ese instante, Andy los conminó a abandonar el sector onírico.

—Escuchen ustedes, criaturas tenebrosas. Seres extraídos de los temores de las personas, quedan expulsados de este sueño.

El planeador *jet* entonces arrojó un haz de luz proveniente de su proyector, escaneándolos hasta hacerlos desaparecer.

La joven no entendía nada de lo que estaba ocurriendo y antes de quedarse con la duda, demandó una explicación.

—¡Muy bien! —expresó ella—, ahora quiero que me digan quiénes son ustedes.

Ambos se quedaron viendo el uno al otro.

—Tú eres Mei Jiang, ¿verdad? —inquirió Renoir.

La joven no parecía estar muy segura de si debía contestar a la pregunta.

—No respondo nunca a personas que antes no muestran su rostro —reclamó ella con tesón.

Su semblante tenía algo de chispeante, de alguna manera mostraba una actitud desafiante ante los desconocidos. Definitivamente no se iba a dejar amedrentar solo por la armadura y la contextura del cuerpo de Renoir.

El caballero entonces removió el yelmo de su cabeza. Entonces ella pudo ver por primera vez su rostro. Observó detenidamente los rasgos que tenía el caballero, su piel blanca, su fina nariz, ojos color verde, cabello largo y castaño.

—*Wǒ jiào Jiang Mei.*

Renoir no entendía lo que había dicho, pero sí tenía algo muy en claro: el sistema de traducción automática no podía fallar. Eso solo podía significar que aquellas palabras venían envueltas con un sentimiento o con gran determinación. Aquella era la única manera de que el sistema no tradujera.

—Mi nombre es Jiang Mei —tradujo de forma voluntaria André, al tiempo que su cuerpo holográfico nuevamente era proyectado desde la parte delantera del planeador *jet*.

—*Nǐ hǎo Jiang Mei* —exclamó Andy sonriendo, para aliviar un poco la tensión de la situación.

El rostro de la joven mostró un ademán de sorpresa, no pensó que Andy le pudiese saludar con tal soltura en chino mandarín. Entonces él, con su manera de ser tan particular le explicó.

—Hace ya algún tiempo conocí a un soñante de nombre Liu Xiang, al principio lo trataba de Liu, como si de su nombre se tratara, pero cuando lo quise rastrear, por alguna extraña razón, André no registraba datos de él. Hasta que por azares de la vida comprendí que Xiang era su nombre, hasta ese día supe que los chinos anteponen los apellidos.

La risa de Andy no parecía calmar las aguas. Por el contrario, ella desconfiaba ahora más de ellos.

—Es una joven aguerrida —comentó el caballero con su mirada puesta en ella.

—¡Está bien! Entonces ya no diré más. Mi nombre es Andrés Centeno, pero me puedes llamar Andy. Y él es Jean Renoir. Si pudiésemos empezar de nuevo sería lo mejor. Sé que por el momento no inspiramos demasiada confianza, eso es natural...

—¡No debieron entrometerse en mi persecución! —reclamó ella con tono enfático—. Mi orgullo no me permite ser agraviada

dos veces por la misma persona. Si se me insulta, exijo justicia; si me traicionan, nunca perdono y jamás olvido. El honor lo es todo para mí y los bandidos habían mancillado a algunas personas. En cuanto a ustedes dos, me tratan con cierta familiaridad, como si me conociesen; sin embargo, yo nunca los había visto antes.

—¡Lo sabemos! Pero qué tal si te dijera que realmente no buscábamos a esos cuatro ladrones, ¿qué pasaría? —le inquirió Andy.

—¡Pensaría que venían por mí!

—¡Bingo! —Renoir exclamó.

Mei tan solo le dirigió una mirada furtiva al caballero, dejándole claro que aún no estaba contenta con las explicaciones.

—¿Por qué me buscaban?

—Esa es la pregunta correcta. El objeto de nuestra misión eras tú.

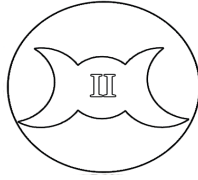
—¿Quiénes son ustedes?

—¡Somos sueñovivientes! —le respondió Andy—. Y queremos que te nos unas.

La propuesta la había dejado anonadada.

—Mei, si te dijera que tu valentía fue medida, que tus destrezas fueron testeadas y que tu inteligencia al igual que tu nobleza fue suficiente para conseguir la aprobación del Señor de los Sueños y que este te invita a que te le unas..., ¿dirías que es algo loco? —preguntó abiertamente Andy a la joven, que aún permanecía estupefacta.

—El Mundo Onírico no solo alberga los sueños de las personas, sino también sus esperanzas —dijo Renoir—. Todos sus anhelos más profundos, eso es lo que nosotros protegemos y lo hacemos con la firme idea de que las personas no renuncien a ellos y puedan un día ver sus sueños materializarse en el Mundo Real.



Febrero de 2016

La familia Jiang provenía de la nobleza imperial china. Por muchas generaciones habían vivido en su castillo, como ordenaba la tradición, no muy lejos de la Ciudad Prohibida de Pekín, donde se situaba el Palacio Imperial. Durante décadas, ellos fueron conocidos como hábiles políticos y asesores de los emperadores.

Sin embargo, todo eso había cambiado cuando la nación asiática pasó a ser una república en el año de 1911: el Gobierno ocupó el castillo de la familia. Ahora, la familia Jiang, al igual que el resto de la antigua nobleza, era mal vista por el Gobierno, quienes veían en ellos viejos símbolos del imperio.

Ante esta nueva realidad y temiendo posibles juicios políticos, el señor Lien Jiang, bisabuelo de Mei, decidió llevar a su familia al extranjero y se instalaron como residentes en Inglaterra.

Pero si en China eran vistos de mala manera al ser parte del antiguo régimen, en el exterior no lo eran menos. La prensa internacional había tildado a su raza como un pueblo de salvajes, alimentando falsas historias sobre sus costumbres.

Años después y tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el abuelo de Mei, el señor Lin Jiang, decidió regresar a China. Ahí retomaría la costumbre política de la familia y estudiaría diplomacia, ascendiendo poco a poco en el Gobierno, hasta finalmente ser nombrado embajador de China en Inglaterra; instalándose nueva-

mente en Londres, donde nacería el padre de Mei, el señor Li Jiang, quien, lejos de seguir los pasos de sus ancestros en la política, se decantaría por los negocios y se convertiría en un habilidoso empresario.

El señor Li era una persona pragmática, amaba las costumbres chinas, pero no al punto de mudarse a ese país. Sentía que su vida estaba ya radicada en Inglaterra y, por lo común, el único motivo por el cual él aún visitaba China era porque el abuelo de Mei se negaba a irse a vivir con ellos. Siempre alegando que quería pasar sus últimos años en el país que lo había visto nacer.

El condado de Berkshire era famoso por contar con muchas de las mansiones de la nobleza inglesa, incluyendo al castillo de Windsor, residencia habitual de la familia real británica. La mansión de la familia Jiang se encontraba al sur del río Támesis, construida sobre una pequeña colina, aproximadamente a quince kilómetros al noroeste de Reading, la ciudad más poblada de Berkshire. Toda su fachada era precedida por un gigantesco jardín, compuesto por coloridos lirios morados y peonías —las flores favoritas de la madre de Mei—, en medio de árboles de abedules. El jardín únicamente era interrumpido por un camino, completamente pavimentado que conducía a la gran puerta principal.

Todo el terreno en sí de la propiedad era de nueve acres, dicha extensión eliminaba las posibilidades de que hubiese otra construcción en las cercanías.

El señor Li permanecía mucho tiempo fuera de casa, dedicado a sus negocios, solía quedarse en la ciudad de Reading y a veces viajaba a Londres.

La mansión estilo victoriana en algún momento había pertenecido al príncipe Jorge, duque de Kent, poco antes de reintegrarse al servicio militar tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, décadas después había sido adquirida por la familia Jiang.

Mei no recordaba haber vivido en otro lugar que no fuese esa mansión. Su madre, más estricta que su padre, siempre prefirió que ella recibiese una educación privada, no quería que su hija, aunque

habiendo nacido en la ciudad de Reading, perdiese toda identidad con su ascendencia china. Así que para Mei era obligatorio hablar mandarín cuando se dirigía a su madre.

Mei por tanto había sido educada en casa. Los profesores solían turnarse los horarios matutinos y vespertinos, su brillantez hizo que lograrse graduarse a los quince años. Ahora se concentraba en los estudios avanzados. Todo con miras de estudiar en alguna universidad de Reading.

Sin embargo, a ella le gustaba el arte, en especial la música, para gusto de su madre, quien le pagó un tutor que le enseñase a tocar el violín.

Era una hermosa mañana dominical, único día en la mansión que carecía de visita de tutores. En una de las doce habitaciones que se ubicaban en el segundo piso de la mansión, Mei lentamente despertaba de un prolongado y plácido sueño.

A pesar de que ella sabía que estaba en su habitación, la misma le parecía extraña, como si fuera la primera vez que la veía.

De manera solemne cerró sus ojos nuevamente y se concentró en una sola idea. Sus pensamientos quedamente la llevaron a la parte de la despedida de Andy y Renoir.

—Es natural que al principio te encuentres aturdida y llena de dudas —recordaba Mei las palabras de Andy—. Cuando abandonas el Mundo Onírico, la realidad te será ajena, al menos por un tiempo. No debes temer, tu cerebro pasará por un proceso de rememoración. Significa que tus recuerdos lentamente irán regresando a tu mente, hasta que esta logre acostumbrarse, puesto que debes considerar que en tu cerebro se analiza la información de los dos mundos ahora.

Mei permaneció un tiempo más en su espaciosa cama. El invierno cubría con su manto de nieve toda Inglaterra, pero aquella mañana su frío no era tan extenuante como en otras ocasiones, se empezaba a notar que pronto acabaría. Mucha incertidumbre existía en su mente con respecto a todo lo que había pasado, la única certeza que tenía era que en ese momento se encontraba en su casa.

—¡Señorita! —dijo la voz de una joven al otro lado de la puerta—. ¿Se encuentra usted despierta?

Mei se levantó de su cama con dosel de madera y tomó su bata que se encontraba al pie de la misma e inmediatamente se amarró el cinto a su cintura.

—¡Puedes entrar!

Al abrir la puerta, se mostró una chica, un tanto mayor que Mei, de cabellos rizados y castaños oscuros.

—¡Buenos días, señorita Mei! —exclamó la joven, que llevaba puesto un vestido negro hasta las rodillas, con delantal blanco y medias negras.

—¡Buenos días!

—Su señora madre quiere compartir el desayuno con usted. Yo he de preparar su baño.

La joven sirvienta entró al cuarto y de inmediato se encaminó al baño.

—¡Está bien! —esgrimió a duras penas.

Mei caminó en dirección al armario de madera, ubicado frente a su cama, veía su rostro reflejado a través de los espejos de las puertas de este. Al abrirlo, se pudo observar su amplio tamaño. El armario era como una habitación oculta.

Su mano recorrió suavemente algunas prendas que colgaban en perchas, en busca de un vestido en específico. Ella tomó un *qipao* blanco, adornado exquisitamente con estampas de clavelinas rosas y lo puso sobre su cama.

La señora Wen gustaba de ver a su hija vestida con atuendos tradicionales chinos, siendo los *qipaos* los regalos más frecuentes que ella le obsequiaba.

Mei oía el sonido del agua saliendo del grifo, cayendo estrepitosamente en el fondo de la tina mientras se llenaba lentamente. Ella permaneció frente al espejo. Realmente la reminiscencia era bastante extraña.

Cuando hubo de estar lista la bañera, ingresó en la misma, por un tiempo que no logró medir. Al cerrar la puerta, fue como si una

parte de ella se negara a ingresar al Mundo Real. Tantas costumbres, tanta parafernalia innecesaria.

«¡Renoir!», pensaba Mei. Por alguna razón no podía dejar de recordar la forma en cómo el caballero se había dirigido a ella. Era tan solo un sueño, ¿o no? «¡Francés tenías que ser!»

En su infancia, alguna que otra vez había conversado temporalmente con algún joven francés, entre las múltiples ceremonias a las que asistía con sus padres. No sabía por qué los franceses se esforzaban tanto por ser encantadores. La espuma en la superficie del agua permaneció inalterada, Mei estaba casi ida en sus pensamientos. En un instante levantó su pierna derecha, la misma con la que había soñado golpear al bandido.

Los años de práctica del taichi y kung-fu habían vuelto sus piernas muy fuertes. A su madre le desagradaba que su única hija practicase este último arte marcial.

Al terminar de bañarse, ella entró a su recámara.

—¡La hora del dragón!² —exclamó Mei al ver el reloj encima de su mesa de noche, cuando esta daba las ocho de la mañana.

Al llegar a las escaleras se encontró con el mayordomo, un señor ya de avanzada edad.

El anciano, con su frac negro y sus guantes blancos, esperaba para acompañarla al comedor.

—¡Espero haya tenido un plácido sueño, señorita! —le saludó el anciano—. Su señora madre está esperándola.

Mei, con una sonrisa, le agradeció.

El anciano mayordomo abrió las puertas de par en par, sus bisagras solo permitían abrir hacia adentro, por tanto, tuvo que apartarse para que ella pudiese pasar.

Su madre, una mujer de rostro redondo, de cabello negro e igual de liso que el de su hija, con una mirada complaciente la esperaba.

2 A diferencia de Occidente, el horóscopo chino está representado por doce animales que, según cuenta la leyenda, fueron los únicos que se presentaron a despedirse de Buda, cuando los había convocado a todos. Como recompensa, él dividió el calendario en ciclos de doce años y otorgó un año a cada animal que había obedecido su llamado. También dividió el día entre doce y a cada animal le correspondió regir dos horas.

A diferencia de Mei, ella vestía un *qipao* mucho más elegante, de color crema en cuyos bordados se podían observar unas peonías que comenzaban en la base del vestido y subían en diagonal hasta su cintura.

Aun cuando no había otra persona las formalidades nunca desaparecían. El mayordomo, que solo asistiría en caso de ser requerido su servicio, al igual que la joven sirvienta que le había preparado el baño minutos antes, permanecieron inertes y en silencio.

En la parte antípoda del comedor con respecto al lugar donde se encontraba su madre, Mei se detuvo.

La señora Wen gustaba que su hija hablara en mandarín, el idioma natal de ella. Mei gustosa lo hacía, las costumbres chinas eran de su especial agrado y consentía a su madre cuando se encontraba en casa, dicha regla solo se veía interrumpida de efectuarse cuando algún invitado, comúnmente de su padre, se encontraba en la mansión. En ese caso se hablaba el idioma de cuna de la joven.

Al ver a su madre, Mei inclinó suavemente su cabeza en señal de saludo.

—*Zǎoshang hǎo* —le dijo ella.

—¡Buenos días para ti también, madre!

La señora Wen levantó su brazo derecho, indicándole que se podía sentar a su lado.

El comedor señorial que se prolongaba por espacio de un metro con ochenta centímetros tenía lugar para seis asientos sin que se extendiera. La madera de caoba lo hacía pesado, sus asientos además estaban algodónados en su base y respaldar.

La mesa victoriana había sido una de las mayores compras del padre de Mei y una oferta a su criterio. Ciertamente se trataba de una mesa de época, había ciertas marcas que confirmaban su antigüedad, pero que por lo común eran imperceptibles para el ojo no adiestrado.

Mei se acercó al asiento junto a su madre, el mayordomo se apresuró a tomar el respaldar de la silla para darle el correcto espacio para que ella se pudiera sentar.

La señora Wen era una dama prudente en sus comentarios, Mei no recordaba la última vez que ella había sufrido alguna exaltación. De alguna manera lograba mantener sus emociones en calma, como si siempre cargase una máscara de estoicismo en su rostro, muy por el contrario de su hija. En ese sentido ella había sacado el carácter intrépido u osado de su padre.

La señora Wen no conocía mucho de su familia, ambos padres los había perdido cuando era apenas una niña. Tal vez por eso tenía un carácter mucho más serio. Había conocido a su esposo cuando él había hecho un viaje a China, visitando al abuelo de Mei. Y fue como amor a primera vista. Su mirada tan profunda cautivó al señor Li. Su cabello negro perfectamente peinado dejaba ver su amplio rostro, entonces ella le sonrió. Ella nunca hacía eso —alguna vez comentó—, pero al verlo a él sintió como si el tiempo se detuviera, fue una atracción mutua e instantánea.

El desayuno se fue sirviendo plato por plato. Tanto Mei como su madre tomaron sus palillos de plata o *kuài:zi* y se dispusieron a comer.

No era costumbre en esa casa conversar mientras se comía, de esta manera se podía degustar mejor los alimentos, así pensaba la señora Wen. Lo poco que habían hablado y la continuidad de la conversación se pospuso para cuando se terminase el desayuno, para amenizar el paladar con el té que sería servido al final.

Sin embargo, la parsimonia mostrada hizo que el tiempo se diluyera más lentamente de lo habitual. Y de tanto en tanto, ambas se dedicaban una que otra mirada ocasional. Como si se trataran de leer sus pensamientos.

Todo el desayuno había acabado, los platos fueron retirados, excepto las tazas con el té verde.

—Hoy vendrá el señor McCarthy, dado que me ha asegurado que le es imposible presentarse mañana. Él estará aquí al iniciar la hora del mono —dijo la señora Wen.

—Lo sé, madre. Y estaré esperándolo con mi violín.

—¡Sabes que me gusta oír tu interpretación! Tu instructor muchas veces te ha alabado.

—Es solamente fruto de mi esfuerzo.

—No seas tímida. Yo sé que tienes gran talento, he sido testigo de tus avances. Mei, sabes que tu padre y yo haríamos cualquier cosa para hacerte feliz, sé bien lo mucho que te gusta el violín, por eso hemos pensado en obsequiarte un instrumento acorde a tu progreso.

La señora Wen movió su brazo derecho y observó al mayordomo, quien al ver la señal se acercó a la mesa y le mostró un estuche para violín de fibra de carbono en cuya parte superior se podía leer a relieve en idioma mandarín el nombre completo de la joven.

—¡Puedes abrirlo, es tu regalo! Lamentablemente tu padre ha tenido que viajar a Londres, pero quiero que sepas que es un presente que ambos te hemos preparado.

El estuche en su interior poseía un tapizado de terciopelo de color violeta, dentro aguardaba un violín de madera con finos acabados, cuyo barniz le otorgaba a la superficie del instrumento un color tornasolado.

Las sospechas de ella se hicieron realidad cuando acercó sus ojos marrones oscuros a las *efes* del violín. En su interior se podía observar la etiqueta en latín: *Antonius Stradiuarius Cremonensis Faciebat anno 1710.*

La joven quedó sin aliento al observar el regalo que le daban sus padres.

—¡Un Stradivarius!³ —a duras penas logró mascullar.

—¡Esto es un obsequio que te damos para incentivar tu talento, como bien ha observado el señor McCarthy!

A pesar de que su madre tenía un gran control sobre sus emociones, Mei con el pasar de los años había logrado reconocer cuándo sus palabras guardaban alguna intención oculta. Y estaba com-

³ Antonio Stradivari (1644-1737), prominente luthier italiano y considerado el más célebre constructor de instrumentos de cuerdas de la historia de la música. Sus violines, en especial, son catalogados como los mejores, gozando de alta estima entre los intérpretes y los coleccionistas, quienes llegan a pagar cuantiosas sumas de dinero por adquirirlos. La forma latina de su apellido, Stradiuarius, es como se les conoce a los instrumentos que fabricaba.

pletamente segura de que la frase dicha por su madre esa mañana no era la excepción y el regalo tampoco estaba exento de esas intenciones.

—Sin embargo, él me ha dicho del peligro en el que se encuentra tu interpretación del violín, especialmente cuando las clases de kung-fu dañan tus manos.

—Pero madre —protestó la joven, mientras guardaba el violín y cerraba el estuche—. El kung-fu es un arte diferente, uno que consta con el beneplácito de mi padre.

—¡Lo comprendo! —exclamó la señora Wen, mientras terminaba de tomarse su té—. Y por eso es por lo que te pido personalmente que dejes de practicarlo. Hija, llevas años ejerciéndote en esa disciplina. Sabes que a mí nunca me gustó, cuando practicaste taichi lo acepté. Pero el kung-fu es más físico.

—No lo entiendo, llevo más de tres años practicando kung-fu. ¿Por qué objeta usted ahora, madre? —inquirió enérgicamente en inglés.

La señora Wen la observó detenidamente, no era la primera vez que su hija usaba el inglés para desahogarse. Una treta que nunca surtía efecto en ella, puesto que siempre de manera solemne regresaba la conversación al idioma mandarín.

—El problema está en que en estos últimos años te he visto que has usado con mayor frecuencia los cubiertos occidentales, en detrimento de los *kuàizǐ*.

—No estoy en China, yo nací aquí. Tengo que aprender costumbres occidentales.

—Mei, he visto los golpes en tus manos. Los palillos chinos no los has podido sostener por tus heridas. El señor McCarthy también lo ha notado y me lo ha expresado.

—¿Has escuchado al maestro Han? —exclamó con molestia—. ¡Dice que soy buena en kung-fu!

—¡Fruto de tu esfuerzo! —especuló la señora Wen.

—¡Producto de mi talento, madre! —refutó, nuevamente en inglés.

La señora Wen mantuvo una larga pausa. Sus pensamientos estaban fijos en la mirada tenaz de su hija.

—Dicen las personas que tú heredaste mis ojos, Mei. Pero definitivamente tienes la mirada de tu padre. Reconozco cuando él no va a cambiar de opinión, desafortunadamente tú eres así.

Las palabras emitidas por su madre no parecían devenir de alguna molestia, por el contrario, se empezaba hacer la idea de que nada de lo que ella hiciera podía hacer cambiar de opinión a su hija.

—¡Prométeme entonces que no dejarás de asistir a las clases de violín! —profririó la señora Wen, reconociendo ya la batalla perdida.

—¡Por supuesto, madre! A mí me gustan mucho esas clases y el violín Stradivarius lo cuidaré como el tesoro que es.

Esas fueron las palabras con las que había dado por terminado el desayuno. Su señora madre asintió con la cabeza en señal de permiso para que Mei pudiera levantarse de la mesa. Y estando aún sentada la observó caminar hacia la puerta con el estuche del violín en su mano derecha.

Entonces ella se dirigió al jardín, salió rápidamente por la entrada principal. Quería un poco de aire fresco. La hora del dragón había pasado.

La entrada principal de la mansión se presentaba llamativa siempre a cualquier visitante occidental. La misma estaba precedida por una escalera exterior de mármol, que le daba un toque de distinción a todo aquel pórtico. Sin embargo, nada atraía más la atención como sí lo hacían el par de estatuas de leones de Fu que resguardaban el pórtico.

Dando la espalda a la gran puerta de madera se encontraban los dos monumentos de cobres de metro y medio de altura. Observaban con fiereza la base de las escaleras y a toda persona que ponía un pie en el primer escalón.

Era Mei todavía una niña de cuatro años cuando su padre volvió de un viaje de China, él vestía comúnmente con saco y corbata.

Pero esa vez lucía una camisa de mangas cortas con cuello chino de color azul marino, con pantalón negro. Era una mañana calurosa de verano. Dos únicas cosas hacían que el señor Li abandonase sus pensamientos de los negocios: la primera era la historia británica y la segunda era la mitología china. Por esta última siempre había tenido gran preferencia, mismo gusto que compartía con el abuelo de Mei.

El señor Li observaba detenidamente las estatuas, los trabajadores acababan de colocarlas en su sitio. Todo estaba en silencio, ni una sola corriente de aire se sentía, como si el mismo viento temiese a los guardianes de aquel pórtico.

Mei caminaba con su pijama por los pasillos de la mansión, en busca de su madre. Frotaba sus ojos con sus pequeñas manos para terminar de despertarse. Por alguna extraña razón no encontraba a nadie. Pasó por la cocina y decidió salir al jardín por la puerta de atrás y rodeó la mansión hasta que llegó a la entrada principal.

Estando ahí de pie, observó a su padre que se encontraba al tope de las escaleras y se apresuró para saludarlo.

La niña corrió lo más rápido que sus pequeñas piernas le permitieron; mientras lo hacía gritaba emocionada: «Bàba... Bàba».

La delicada voz de la niña llamando a su papá detuvo los pasos del señor Li, quien observó a su hija que corría con los brazos extendidos en su búsqueda.

Mei sonriendo se dirigía a él, la inocencia se veía en su mirada, hasta que quedó petrificada frente a las escaleras. Un grito de temor fue emitido por la pequeña niña. El llanto emanado de sus ojos fue grande. Estupefacta, observó a las dos criaturas posadas detrás de su padre, con la mirada más terrorífica que pueda ser imaginada.

—¡Mei! ¡Mei! —gritó su padre al ver a su hija llorando del miedo.

El señor Li bajó presuroso las escaleras, saltó los dos últimos escalones para así llegar más rápido e instintivamente tomó en sus brazos a su pequeña hija.

Entonces la niña se sujetó fuertemente a él, sus manos abrazaban su cuello, mientras escondía su rostro temeroso en los cabellos negros de su padre, no quería soltarlo; sentía que los dos monstruos podían devorarla si así sucedía.

—Tengo miedo, no me sueltes, papi —gritaba aterrorizada.

—¡No lo haré!

El señor Li cargó a su hija en sus brazos, hasta que ella se logró tranquilizar.

—Mei, abre tus ojos. Vamos, mírame. No son monstruos, ellos no te harán daño.

—¿Qué son? —dijo más calmada.

—Son leones de Fu, también se les llama perros de Buda —decía con amplia sonrisa el señor Li—. ¡Mira, no tengas miedo! Ese que está a la izquierda es el macho, debajo de su pata está una pelota, ¿lo ves bien?

Ella solo pudo asentir con la cabeza.

—Y la otra es la leona, su compañera. Debajo de la pata de ella está la cría, el hijo de ambos. Ellos, al igual que nosotros, son una familia.

—¡No los quiero! —exclamó la pequeña.

—Pero, sabes, ellos son los guardianes del Paraíso. El mismo Buda los apreciaba por su gran valentía y lealtad. ¡Te prometo que ellos estarán siempre aquí para cuidarte!

La mirada de la infanta se posó en las dos estatuas. Un temor generalizado envolvía todo su cuerpo. No quería ni siquiera entrar a su hogar.

—Mí pequeña, no temas —volvió a decir su padre—. Ellos alejarán los malos espíritus.

El señor Li empezó a subir las escaleras, Mei todavía seguía firmemente sujeta. La niña cerró los ojos nuevamente. Entonces su padre empezó a cantar *Contar los patos*, para hacerla olvidar esa terrible situación que había vivido. Aquella era una canción infantil china, de las favoritas de ella, porque le venía siempre a la mente la imagen de su abuelo.

Cuando al fin llegó frente a la puerta de madera, el señor Li se detuvo, la niña abrió sus ojos y observó las espaldas de las estatuas.

—¡No ha pasado nada! —dijo sonriéndole su padre—. ¡Y nunca lo hará!

Esa experiencia marcaría un antes y un después en su vida. Fue su mayor temor, sin embargo, le reconfortó saber que su padre había estado ahí para ayudarla.

Desde ese entonces estaban las estatuas de los dos leones, ambos con sus melenas largas, con su mirada baja, observando con fiereza a todo intruso que llegase a la mansión.

Pero eso ya había sucedido hacía once años, ahora ella, a como había demostrado cuando se enfrentó a los bandidos, contaba con la fuerza suficiente para defenderse.

La mañana se evaporó en el mar de sus pensamientos. Mei había permanecido absorta, sentada en las escaleras, junto a las dos estatuas, recordando las palabras de su padre y los pocos recuerdos que tenía de su abuelo paterno, cuando le contaba la mitología china, los orígenes de la familia y cantaba todas esas canciones infantiles. Su abuelo siempre le había dicho que debía sentirse orgullosa de quién era y de sus orígenes. Para Mei siempre fue difícil el no poder tener mayor contacto con los jóvenes de su edad, siempre se vio diferente por su aspecto físico y por su estatus social; pero eso ya podía ser olvidado, se le presentaba una oportunidad única en la vida.

—¿Fuera cierta? —es la única pregunta que se hacía.

Era ilógico a simple vista, pero su abuelo y su padre, dos de las personas más inteligentes que había conocido, nunca habían visto a los leones de Fu o algún otro ser mitológico, pero creían firmemente en ellos.

—¡Entonces si tan solo se necesita creer...! —expresó Mei en voz baja—. ¡Acepto! ¡Yo sí creo!

